

Fondo
Editorial
Ipasme



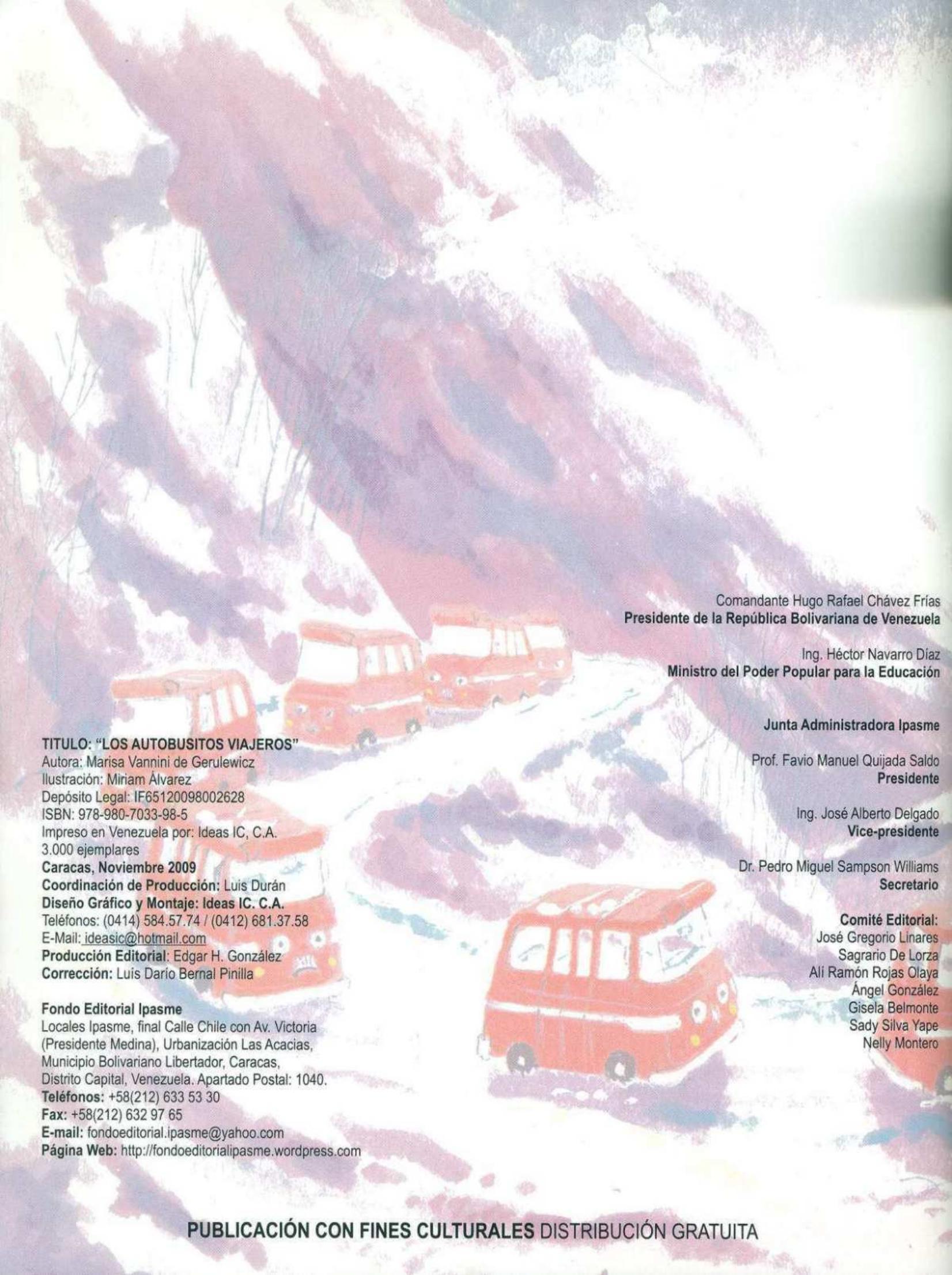
Los Autobusitos Viajeros

AUTORA: MARISA VANNINI DE GERULEWICZ
ILUSTRACIONES: MYRIAM ÁLVAREZ

COLECCIÓN
AQUILES NAZOA



Myriam

The background of the entire page is a colorful illustration of a winding road through a forest. Several red buses are driving along the road, which curves through the trees. The style is painterly and vibrant, with a mix of reds, oranges, and greens. The buses are stylized with large windows and simple designs.

Comandante Hugo Rafael Chávez Frías
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Ing. Héctor Navarro Díaz
Ministro del Poder Popular para la Educación

Junta Administradora Ipasme

Prof. Favio Manuel Quijada Saldo
Presidente

Ing. José Alberto Delgado
Vice-presidente

Dr. Pedro Miguel Sampson Williams
Secretario

Comité Editorial:

José Gregorio Linares
Sagrario De Lorza
Alí Ramón Rojas Olaya
Ángel González
Gisela Belmonte
Sady Silva Yape
Nelly Montero

TITULO: "LOS AUTOBUSITOS VIAJEROS"

Autora: Marisa Vannini de Gerulewicz

Ilustración: Miriam Álvarez

Depósito Legal: IF65120098002628

ISBN: 978-980-7033-98-5

Impreso en Venezuela por: Ideas IC, C.A.

3.000 ejemplares

Caracas, Noviembre 2009

Coordinación de Producción: Luis Durán

Diseño Gráfico y Montaje: Ideas IC, C.A.

Teléfonos: (0414) 584.57.74 / (0412) 681.37.58

E-Mail: ideasic@hotmail.com

Producción Editorial: Edgar H. González

Corrección: Luis Darío Bernal Pinilla

Fondo Editorial Ipasme

Locales Ipasme, final Calle Chile con Av. Victoria
(Presidente Medina), Urbanización Las Acacias,
Municipio Bolivariano Libertador, Caracas,
Distrito Capital, Venezuela. Apartado Postal: 1040.

Teléfonos: +58(212) 633 53 30

Fax: +58(212) 632 97 65

E-mail: fondoeditorial.ipasme@yahoo.com

Página Web: <http://fondoeditorialipasme.wordpress.com>

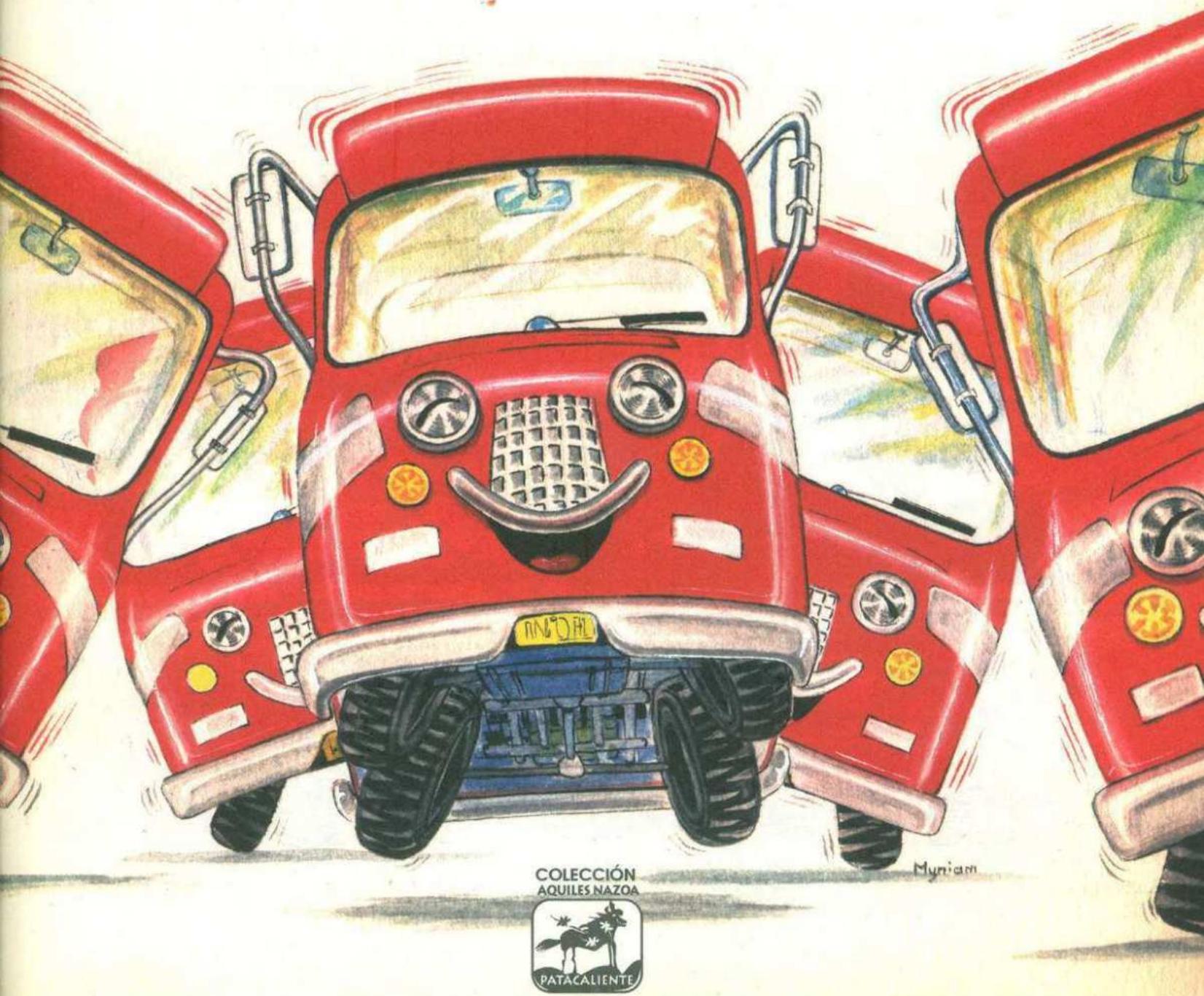
PUBLICACIÓN CON FINES CULTURALES DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Fondo
Editorial
Ipsame

Los Autobusitos Viajeros

AUTORA: MARISA VANNINI DE GERULEWICZ

ILUSTRACIONES: MYRIAM ÁLVAREZ



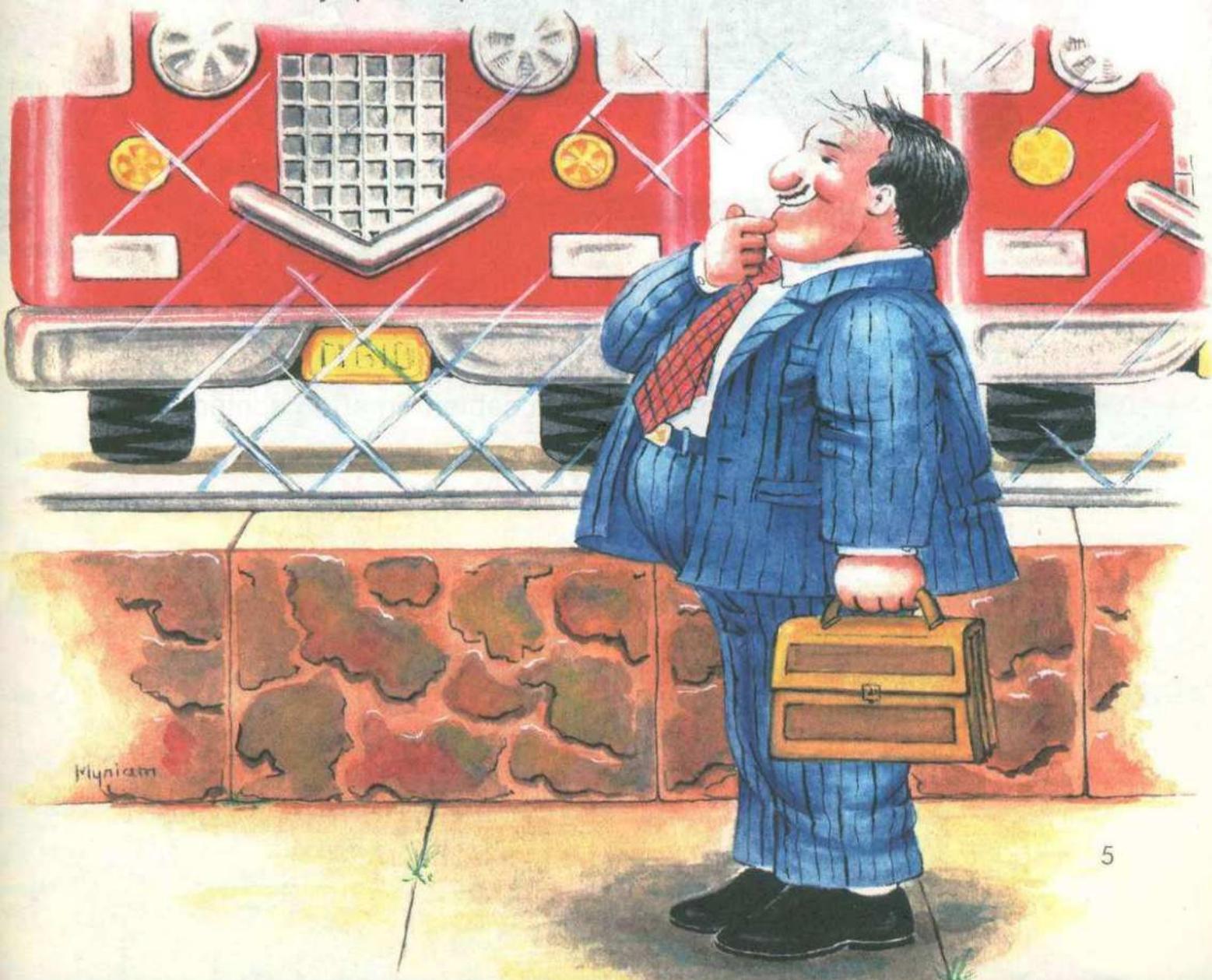
COLECCIÓN
AQUILES NAZOA

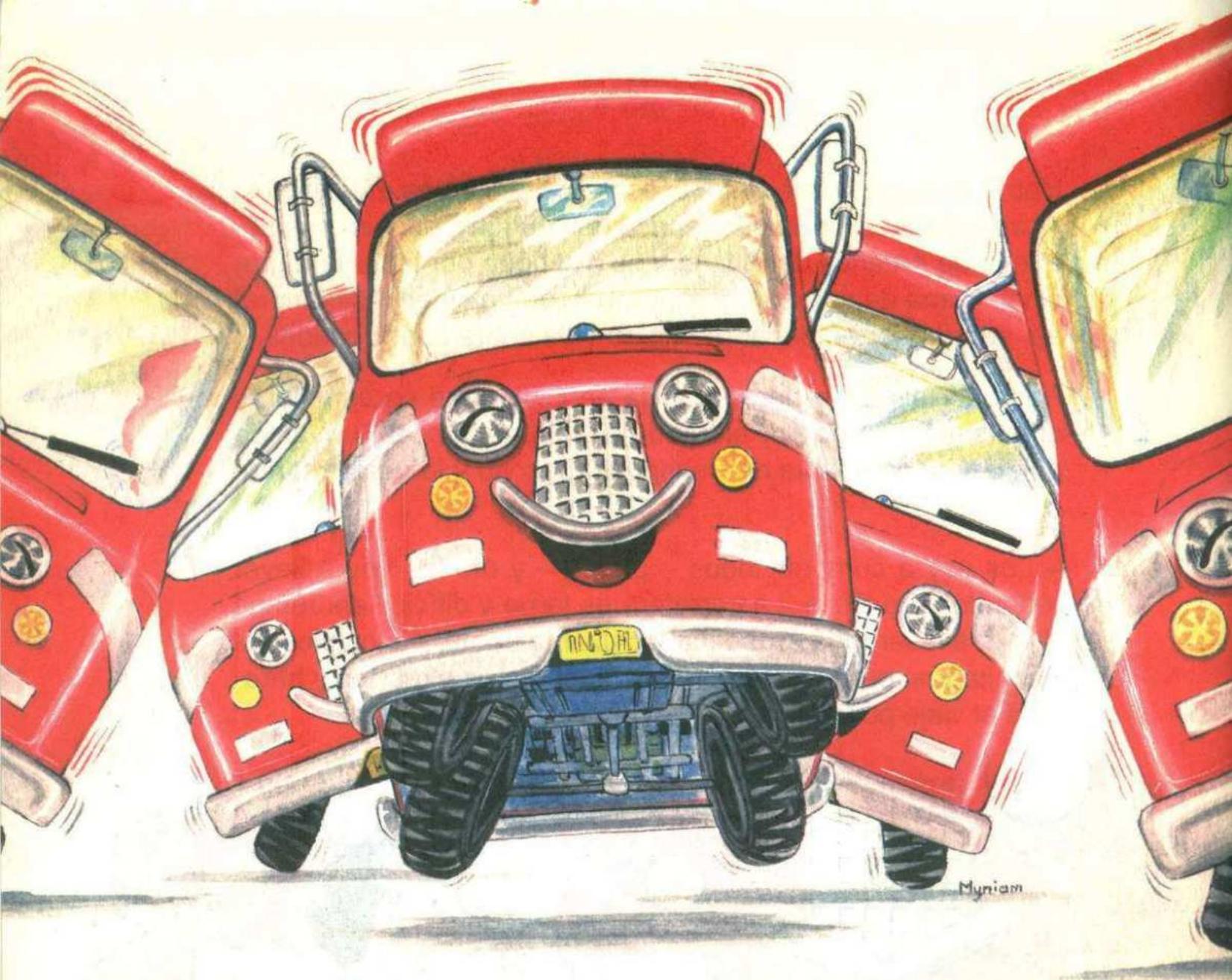


Había una vez veinte autobuses, rojos, brillantes, nuevecitos. Acababan de salir de una fábrica de Uruguay, el país más pequeño de América del Sur, que se distingue por tener una graciosa forma de corazón, y esperaban que alguien los comprase, para poder empezar pronto su vida sobre cuatro ruedas.

Pasó por allí un señor que vivía en Chile, que en cambio es el país más estrecho y alargado de la América del Sur, donde dirigía una compañía de transporte. Los vio y le gustaron muchísimo.

– Los voy a comprar todos – pensó – y me los voy a llevar rodando para Chile. La carretera es larga y difícil. Tendremos que atravesar toda Argentina y cruzar la frontera a los pies del Aconcagua, pero conseguiré veinte chóferes expertos y haremos el viaje poco a poco.





Los autobuses, que habían oído, no cabían en sí de contento.

- ¡Vamos a viajar! – decían.
 - ¡Vamos hasta Chile!
 - ¡Cruzaremos Uruguay y luego Argentina!
 - ¡Pasaremos en Ferry el Río de la Plata!
 - ¡Atravesaremos la Pampa!
 - ¡Subiremos hasta la Cordillera de los Andes!
 - ¡Llegaremos a las faldas del Aconcagua!
- Y así fue.

Iba la caravana de los veinte autobuses, todos nuevecitos, rojos, brillantes. La gente los saludaba:

– ¡Adiós, adiós! – decían – Van a Chile. ¡Adiós, buen viaje!

Los autobusitos, contentos, aceleraban la marcha y no sentían el cansancio. ¡Qué viaje tan maravilloso para ellos, que nunca habían visto sino las cuatro paredes de la fábrica!





Recorrieron pueblos y aldeas de Uruguay. Luego en ferry, uno tras de otro, bien seguiditos, cruzaron el Río de La Plata, importante vía fluvial que separa Uruguay de Argentina, que así se llama por el reflejo argento que siempre tiene, de día y de noche, que resplandecía como nunca, bajo un sol luminoso que hacía resplandecer también a los autobuses.

Y en Buenos Aires, capital de Argentina, país muy grande y muy poblado de América del Sur, uno al lado del otro, bien alineados toditos los veinte, desfilaron por una calle muy ancha (dicen que es la más ancha del mundo), entre los aplausos de los transeúntes que se detenían para verlos pasar.



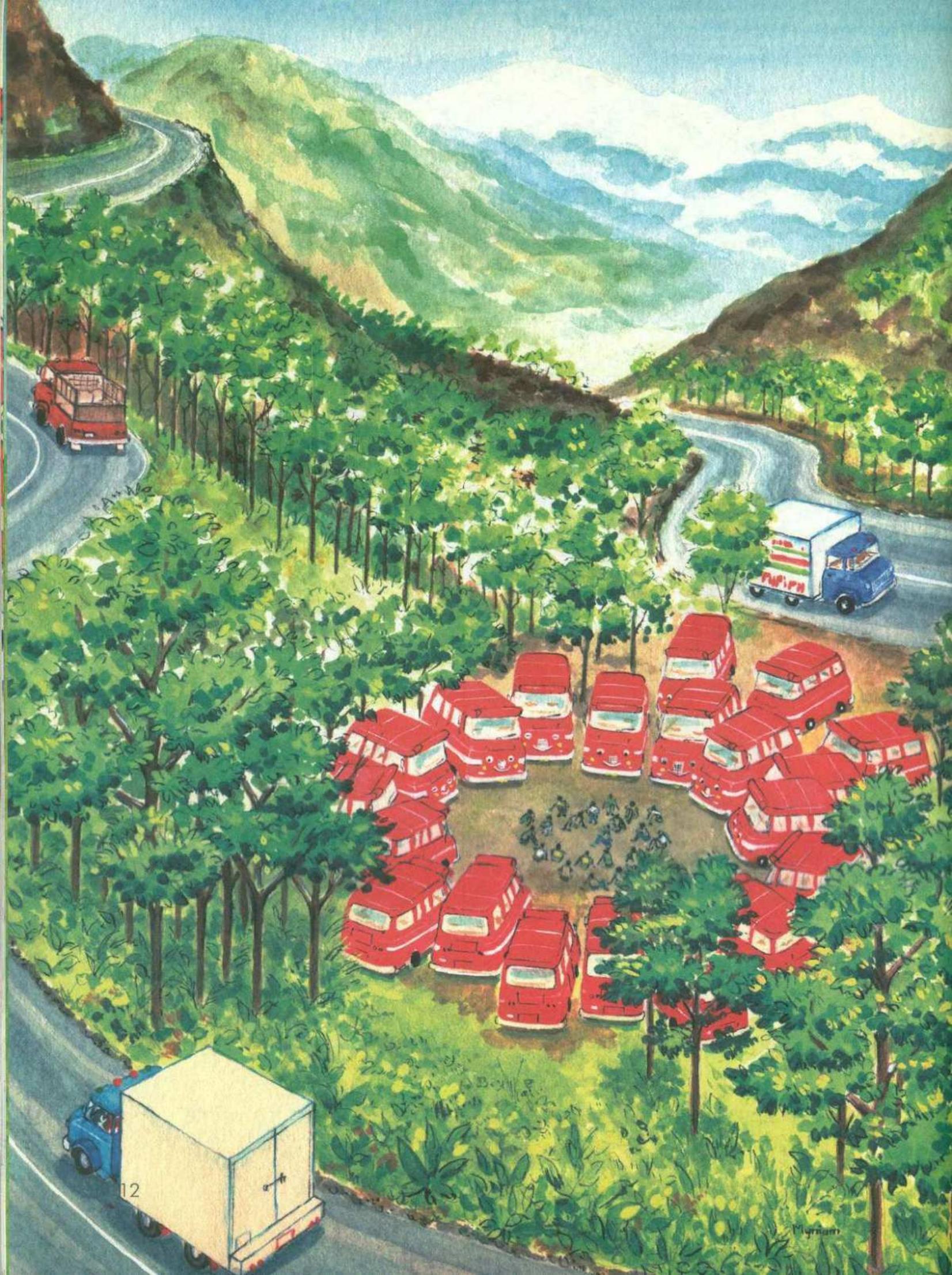


M. Garcia



Cruzaron las pampas, y hasta los gauchos se acercaron a la carretera, rodeados de sus animales y agitando sus boleadoras.

– ¡Adiós, adiós, nos vamos para Chile! – saludaban los veinte autobusitos.



Pero poco a poco el paisaje empezó a cambiar: había más bosques, la calle subía, hacía frío. A lo lejos se divisaban unas cimas altísimas, resplandecientes en el sol: eran los Andes, recubiertos de nieve.

Entonces el jefe de la compañía de transporte reunió a su caravana, chóferes y autobuses, y les dijo:

– Ahora nos espera la parte más difícil del viaje. Habrá caminos empinados, barrancos, páramos desiertos, viento, y más arriba nieve. Vamos a cruzar los Andes. Tenemos que subir hasta más de cuatro mil metros. Pasaremos a los pies del Aconcagua. El Aconcagua es el pico más alto de los Andes, es el gigante de las nieves. Desde lejos, en los días de sol, es hermosísimo, pero si hay tormenta, puede ser terrible y peligroso.

Los chóferes y los autobuses oían atentos. Estaban llenos de valor y confianza.



Myniavn

Empezó una marcha por la cordillera. El camino era en verdad arriesgado. Curvas de espanto. Barrancos como para quitar el aliento. Ríos turbulentos. Frío. Neblina.

Cerca corrían los rieles del ferrocarril, pero el tren no pasaba, ya que por la abundante nevada el servicio había sido interrumpido. Los autobusitos miraron con curiosidad unos techos que, como túneles de zinc, habían sido levantados sobre los rieles en los puntos donde el viento arrojaba más nieve. Como en un ferrocarril de juguete.





Myriam

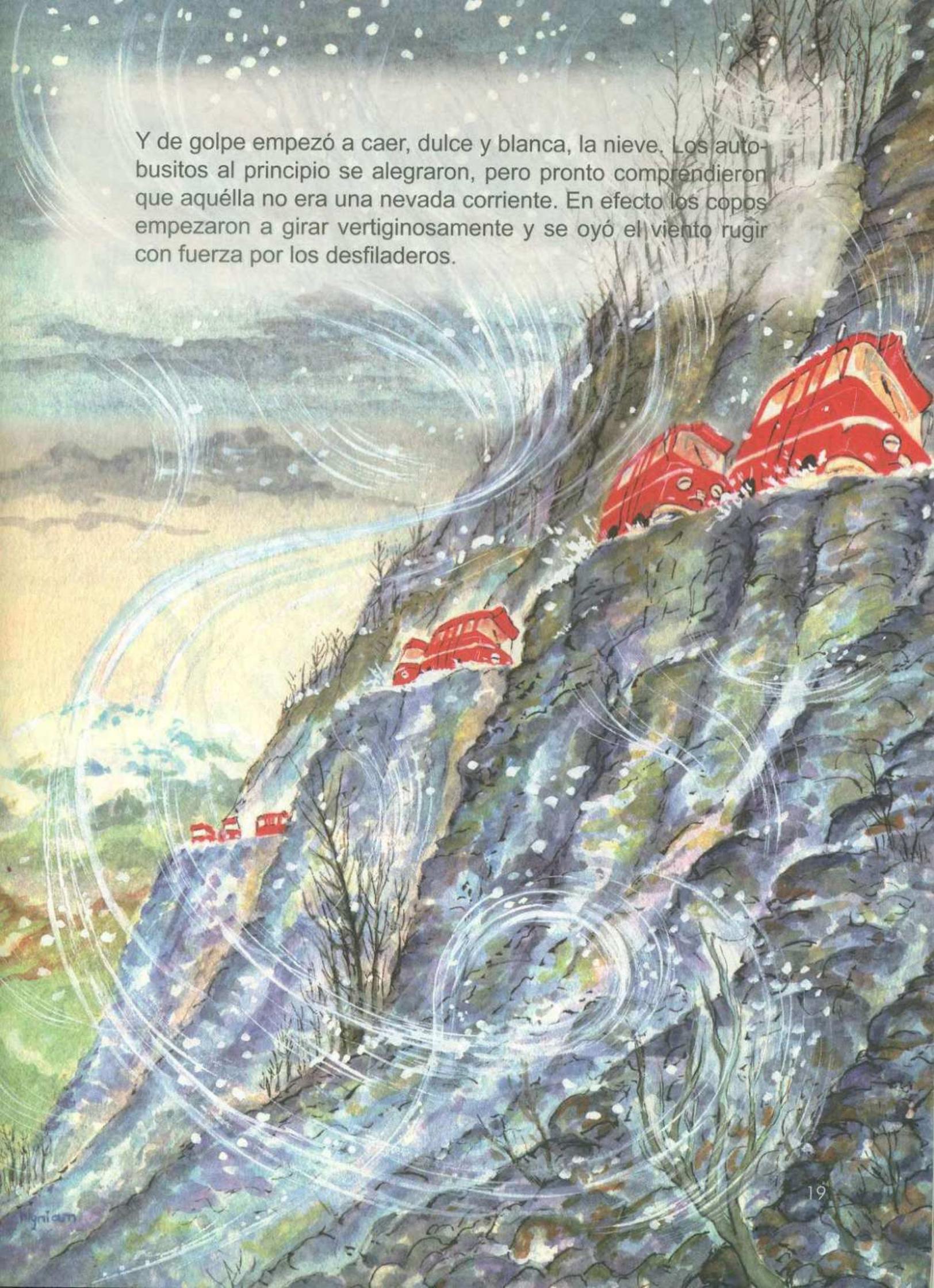
Ahora se veía bien el Aconcagua, que allá arriba elevaba contra el cielo límpido su triángulo, blanco-azulado y luminoso. Pronto encontraron también la nieve que cubría las faldas de las montañas y que había sido amontonada al borde de la carretera.

En algunos puntos, debido a que la nieve se disolvía, el camino estaba mojado, resbaladizo, difícil de recorrer. Los pobres autobuses empezaron a penar, pues a pesar de tener cuatro ruedas les resultaba arduo mantener el equilibrio. Pero los chóferes eran expertos y los autobuses dóciles y obedientes, y así llegaron todos, cansados pero satisfechos, al Paso del Inca, desde donde emprenderían la última etapa.

Al día siguiente reanudaron la marcha temprano, al mismo tiempo que un sol intensamente rojo se elevaba en el cielo completamente azul. Pero luego el sol se nubló. Hacía un frío punzante. El día se ponía siempre más oscuro.



Y de golpe empezó a caer, dulce y blanca, la nieve. Los autobusitos al principio se alegraron, pero pronto comprendieron que aquélla no era una nevada corriente. En efecto los copos empezaron a girar vertiginosamente y se oyó el viento rugir con fuerza por los desfiladeros.





Myniam

Estaban en medio de una tormenta. El camino no se veía más. Los autobuses avanzaban a tuestas, despacio, resbalando. Debían seguir. Detenerse significaba perecer, quedar sepultados bajo una espesa manta blanca que los escondería para siempre, quizás bajo un alud, y despertarse, si se despertaban, inservibles.

Afortunadamente el sitio donde podían refugiarse y detenerse, la pequeña población de Las Cuevas, al reparo de los vientos de los aludes, no estaba lejos.





Y allá, con gran esfuerzo, cansados, sucios, cubiertos de lodo y de nieve, fueron llegando los autobuses, y acampando al abrigo de los vientos.

El jefe de la compañía de transporte, con el corazón lleno de preocupación, los contaba en voz alta al verlos llegar, y todos los demás, chóferes y autobuses, participaban en esta espera:

– Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez.



Parecía que no llegaban más. Luego, a lo lejos, entre la tormenta, se vieron avanzar penosamente unas manchas rojas:

– ¡Adelante, autobuses, adelante! Once, doce, trece, catorce, quince.

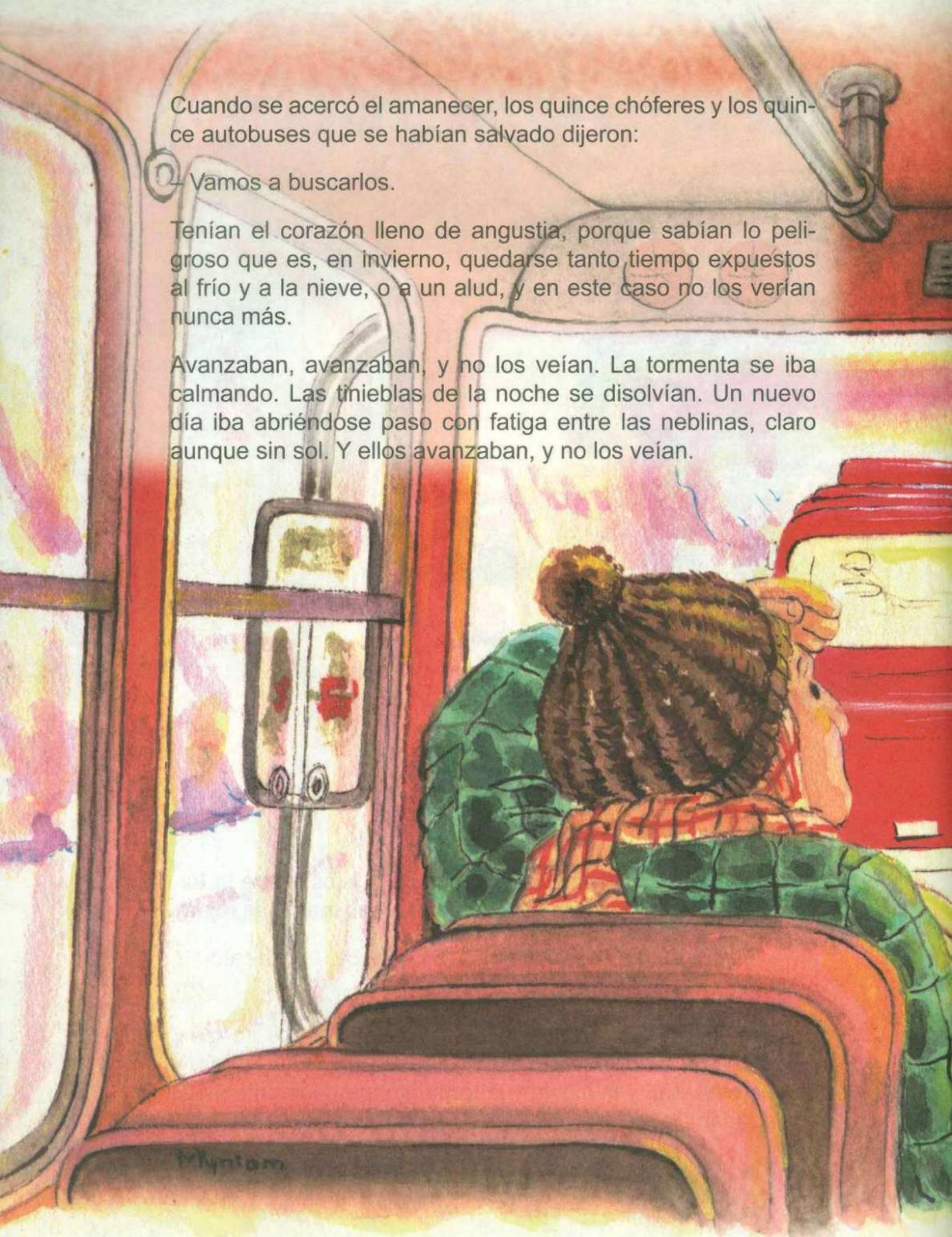
En el número quince el hombre se detuvo. Quince no más. Faltaban cinco. Y pasaban los minutos y luego las horas, y seguía el viento, y la nieve, y la tormenta, pero los autobuses no llegaban.

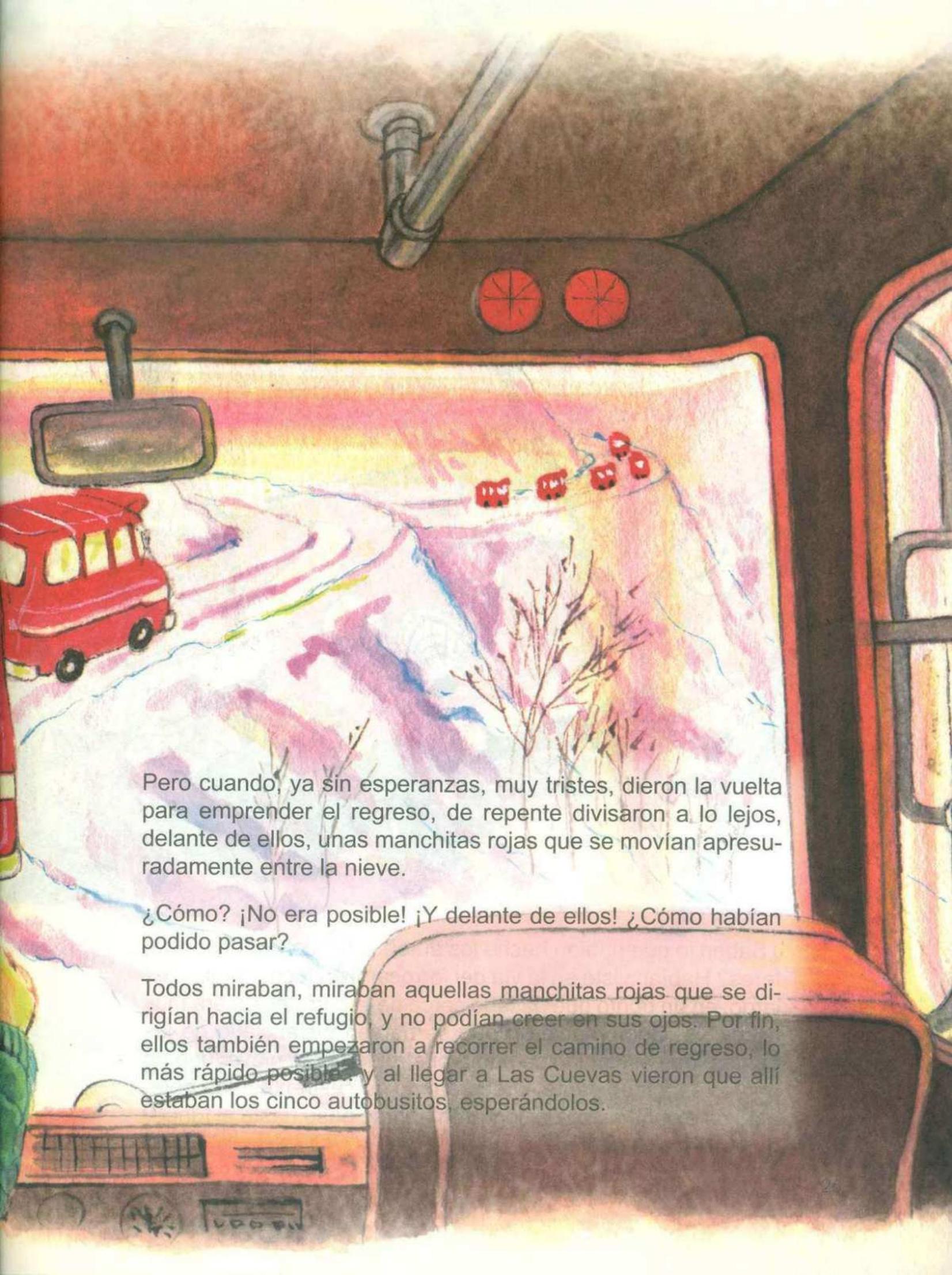
Cuando se acercó el amanecer, los quince chóferes y los quince autobuses que se habían salvado dijeron:

—Vamos a buscarlos.

Tenían el corazón lleno de angustia, porque sabían lo peligroso que es, en invierno, quedarse tanto tiempo expuestos al frío y a la nieve, o a un alud, y en este caso no los verían nunca más.

Avanzaban, avanzaban, y no los veían. La tormenta se iba calmando. Las tinieblas de la noche se disolvían. Un nuevo día iba abriéndose paso con fatiga entre las neblinas, claro aunque sin sol. Y ellos avanzaban, y no los veían.





Pero cuando, ya sin esperanzas, muy tristes, dieron la vuelta para emprender el regreso, de repente divisaron a lo lejos, delante de ellos, unas manchitas rojas que se movían apresuradamente entre la nieve.

¿Cómo? ¡No era posible! ¡Y delante de ellos! ¿Cómo habían podido pasar?

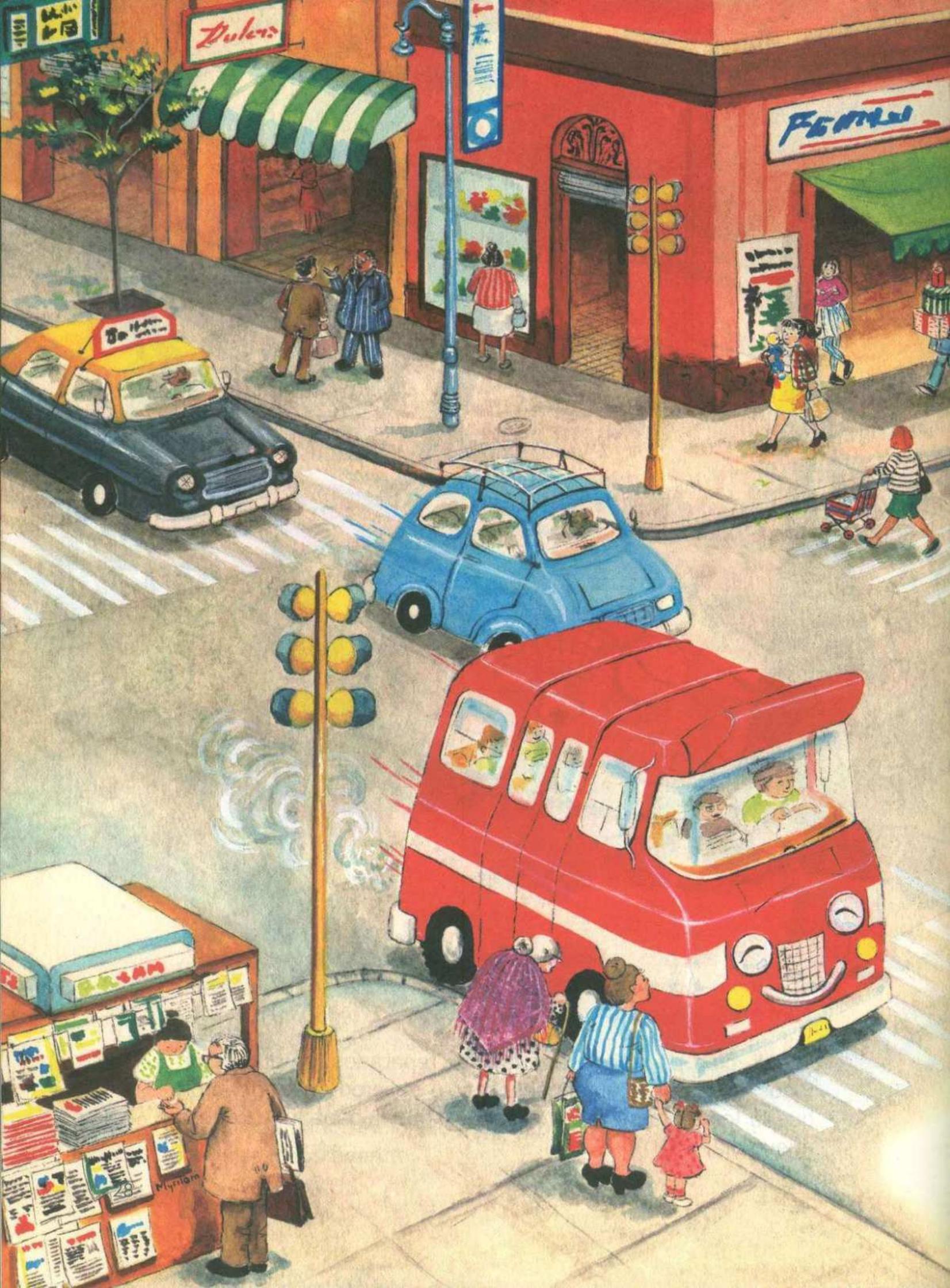
Todos miraban, miraban aquellas manchitas rojas que se dirigían hacia el refugio, y no podían creer en sus ojos. Por fin, ellos también empezaron a recorrer el camino de regreso, lo más rápido posible, y al llegar a Las Cuevas vieron que allí estaban los cinco autobusitos, esperándolos.



¿Saben lo que habían hecho los autobusitos con sus sus chóferes? Habían visto en la vía del ferrocarril un techo-túnel bien largo, en un punto que pasaba cerca de la carretera, y era muy accesible. Comprendieron que se habían distanciado de los demás, que el camino se había obstruido por la nieve, que no podían seguir adelante, y recordando que el tren estaba detenido en alguna estación, lograron abrirse paso hasta el túnel y meterse todos adentro.



Y allí, bien pegaditos, apretaditos, reparados, se durmieron todos, chóferes y autobuses, y sólo salieron cuando vieron que la tormenta se había alejado, y que llegaba la luz de un nuevo día.





Así se reunieron los veinte autobusitos, y después de descansar, de limpiarse y ponerse bien brillantes y resplandecientes, saludaron el Aconcagua, pasaron la frontera y llegaron a Santiago de Chile. Allá todavía pueden verlos, queridos amigos, pasearse llenos de gente por la ciudad.



Presidente: José Gregorio Linares.

Asesores: Alí Ramón Rojas Olaya y Ángel González.

Planificador Jefe: Gisela Belmonte.

Coordinador de Asuntos Literarios: Sady Silva Yape.

Coordinadora de Investigación: Nelly Montero.

Producción: Luis Durán y María Carolina Varela.

Administración: Tibisay Rondón y Juan Carlos González Kari.

Relaciones Institucionales: Liliana Rivero.

Asesoría de Informática: Yuley Castillo.

Asistencia a la Presidencia: Enricelis Guerra.

Eventos: Saudith Felibertt.

Relaciones Comunitarias: Tania Cañas.

Personal de Apoyo Logístico: Yesenia Moreno, Odalys Marcano, Jazmín Santamaría, Alexis Cárcamo, Eduardo Ariza, Enderber Hernández, Mervin Duarte, Ronald Carmona y Víctor Manuel Guerra

Secretaria: Gladys Basalo.

**"Hacia la Consolidación del Estado Socialista"
IPASME A LA VANGUARDIA DE LA SEGURIDAD SOCIAL**



**Gobierno Bolivariano
de Venezuela**

Ministerio del Poder Popular
para la **Educación**



Colección Aquiles Nazoa / Patacaliente

En algún lugar del pie de monte andino venezolano de cuyo nombre sí quiero acordarme, Calderas, nació un señor chévere llamado Orlando Araujo. Él escribió el cuento Miguel Vicente Patacaliente, que trata de un muchacho a quien le gusta recorrer caminos de nuestra Patria.

Y en otro lugar de cuyo nombre también me acuerdo, El Guarataro, Caracas, vivía el poeta Aquiles Nazoa, quien también era un patacaliente. Y ¿a que no adivinan? Creía en "el gato risueño de Alicia en el país de las maravillas", en "el loro de Robinson Crusoe", en "la amistad como el invento más bello del hombre" y "en los poderes creadores del pueblo".

Amigas y amigos, los invitamos a este derroche de imaginación que el Fondo Editorial Ipasme pone en sus manos, para que alimenten sus corazones y pueblen sus conciencias.



plan revolucionario de
LECTURA

POR LA LIBERACIÓN DEL PENSAMIENTO

